

MEDICINA INDÍGENA COLOMBIANA, SEGÚN CRONISTAS Y VIAJEROS (De la conquista a la colonia)

María Cristina Arango Mejía ¹

RESUMEN

El trabajo es una revisión bibliográfica de los principales cronistas y viajeros que arribaron a nuestro país en la época de la conquista española, y quienes dejaron escritas descripciones del uso de las diferentes plantas utilizadas por los indígenas, tanto como alimento como en medicina y para defenderse de los enemigos, al envenenar flechas que además eran utilizadas en la caza de animales. Se toca también en este trabajo la manera cómo escogían al médico o curandero, el uso del yopa y el tabaco, la forma de envenenar flechas, la preparación de la chicha y el uso de la coca, entre otros.

Palabras claves: Medicina indígena, yopa, chicha, coca, uso de plantas medicinales.

ABSTRACT

The work is a bibliographical revision of the main chronicler and travellers that arrived to our country in the time of the Spanish conquest, and who left written descriptions of the use of the different plants used by the natives, so much in food as in medicine and to be defended from the enemies, poisoning arrow that besides were used in the hunt of animals. It is mentioned also in this work the way how they chose their chaman or healer, the use of the yopa (sacred herb) and the tobacco, the way to poison arrows, the preparation of the chichi and the use of coca, among others.

¹ Bacterióloga, Msc. Microbiología, Profesora Departamento de Ciencias Básicas, Facultad de Ciencias para la Salud, Universidad de Caldas.

¹ Gumilla, Joseph. El Orinoco ilustrado. Historia natural, civil y geográfica de este gran río. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1955, p. 361.

Key words: native medicine, yopa, chicha, coca, use of medicinal plants.

Fueron los cronistas de Indias los primeros que se preocuparon por recoger las tradiciones y costumbres de nuestros aborígenes. Sus crónicas muestran numerosos apuntes sobre la medicina, los médicos, las plantas medicinales y la forma de sanar.

Escribió el padre Joseph Gumilla que “como en aquellos dilatados países hay tan pocas y tan cortas poblaciones de españoles, no hay ni boticas, ni boticarios; pero el pródigo autor de la naturaleza ha prevenido, no sólo las muchas yerbas, cortezas, raíces, frutas, aceites, y resinas medicinales, que en varias partes de esta historia llevo apuntadas; sino también abundancia de purgantes, muy proporcionados para aquellos climas; y creo que en otros mantendrán también su eficacia”¹.

El franciscano fray Juan de Santa Gertrudis viajó en 1756 a las Indias occidentales, como misionero, su obra misional transcurrió, especialmente, en el Putumayo. En su voluminosa obra se sumerge en el relato minucioso y detallado sobre la vida cotidiana de las misiones. Escribe acerca de sus viajes, describe los animales que ve, las plantas, los árboles frutales y las flores, los alimentos y su preparación, los caminos, los ríos y los puentes, los mitos, las leyendas y los espantos, las supersticiones y hechos maravillosos que le sucedían.

La importancia de su obra radica en la relación sencilla, en la observación de la naturaleza, “por dentro”, y en que se atrevió a escribir sobre “cosas raras” como las plantas venenosas y medicinales, sobre frutas deliciosas como la chirimoya y acerca de insectos únicos como gusanos y hormigas. Aclara Santa Gertrudis que “lo que yo digo son cosas que yo he visto, porque he entrado a lo interior de aquel nuevo mundo, y he vivido entre los indios bárbaros, penetrando monte inculto, y las que hallarás que yo no he visto por mis ojos, cito pero sujetos dignos de fe, que todavía viven, que los han visto, y me las han contado, y como las hallo por lo que yo por mi he visto, las hallo verosímiles, por esto las pongo. Y si con todo te pareciesen algunas difíciles de creer, el medio de averiguarlo mejor es ir allá, para desengañarse de una vez”².

Hombre medicina

Estos cronistas pusieron especial atención a la labor desempeñada por los médicos aborígenes. Por ejemplo fray Pedro Aguado escribió que en la provincia de los Guayupes, en los llanos orientales, la profesión del médico se heredaba de padre a hijo:

“La manera de curar de éstos es tan supersticiosa cuanto que ellos son fabuladores: si van a visitar o curar algún enfermo del mal intrínseco que procede de mal humor, como son calenturas y otros dolores particulares, hacen poner al enfermo en una hamaca en el aire, y pónenle dos fuegos de mucha leña, uno de un lado y otro del otro, y llegándose a él comienzan a soplar y a decir ciertas palabras supersticiosas en su lengua, y con esto y con las candelas encendidas, que lo asan vivo, se lo tienen allí hasta que muere o restaura su salud. Cualquiera hinchazón que les sobrevenga en cualquier parte del cuerpo, tienen que les procede de la mano de otros indios que los han

echado algunas maldiciones o enchizado por haberles hurtado alguna cosa o dado algún descubrimiento, con los cuales los médicos ganan mayor honra y fama que con otros ningunos, porque llevando, cuando los van a curar, en la boca hierbas o alguna espina o gusano, les chupan la hinchazón muy reciamente y hacen ceremonias, y echando delante de los que están presentes lo que en la boca llevaban, les dan a entender que lo sacaron de la hinchazón del enfermo lo cual les es muy enteramente creído. Todo otro género de enfermedad, como son heridas y llagas y lepra, lo curan con hierbas de particulares virtudes, con que sanan”³.

Sobre la elección de sus médicos y mohanes escribió Aguado que

“El demonio, como espíritu tan antiguo y experimentado en sus maldades y aun en el conocimiento de la inclinación buena o mala de los hombres, escoge entre sus hijos pequeños de estos naturales el que más acomodado le parece que será para imponer a los indios en todo género de maldades, y esta criatura que quiere señalar para este efecto, que será de cinco o seis años, en estando sola, le aparece en figura de indio o de ave o de otro cualquier animal, con la cual visión amedrenta la criatura de suerte que se va llorando a su madre, la cual como ya tiene noticia de lo que es o puede ser, halaga y mitiga el llanto del niño con halagos de madre, diciéndole que no tenga temor ninguno de esperar ni escuchar aquella diabólica visión, que es para que sepa curar y adivinar y dar a entender a los indios lo que dijere Chancan, que entre los indios es llamado así el demonio; y tantas

² Santa Gertrudis, Fray Juan de. Maravillas de la naturaleza. Tomo I. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1956, p. 30.

³ Aguado, Fray Pedro. Recopilación historial. Tomo I. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la Colombia. 1956, p. 598-99.

persuaciones le hace la madre al hijo y acometimientos el demonio al niño con sus espantosas visiones, que pierde el temor y le aguarda a que hable con él; y lo primero que le hace saber es cómo él lleva las ánimas de los indios que mueren, donde están sus hermanos y parientes y es muy grande amigo de los indios y los quiere mucho, por lo cual lo ha escogido a él para su faraute o intérprete y para que cure las enfermedades que sucedieren, para lo cual es menester que se le haga el corazón colorado, que entre ellos es como decir fuerte y recio y para sufrir los infortunios.

El muchacho a la hora da cuenta a su madre de las razones y coloquios que con el demonio ha tenido, la cual, para que el corazón del hijo se haga fuerte y recio llama a otros niños, los cuales en ciertos días y horas señaladas, le azotan con varas; con lo cual dicen, pasados los términos, que ya está hecho el muchacho, que ha de ser médico fuerte y recio; y pasada esta ceremonia queda ya en toda perfección y grados de medicina y de intérprete, y así, dende en adelante, puede hablar e interpretar las respuestas y hablas que con el demonio tiene, y curar a todos los enfermos de una suerte que no es menos de reír y pasar tiempo que la elección y graduación de su oficio. Cualquier dolor o hinchazón que en el hombre hay, estrégala con la mano y luego soplan al aire, y tornan a estregar y luego a soplar, y esto hacen muchas veces, y otras veces chupan con la boca en el lugar de la hinchazón o del dolor y procuran sacarse sangre de los dientes y escúpenla delante de los demás indios, a los cuales dan a entender

que aquella sangre han sacado de la parte do han chupado, y con la mucha confianza y fe que el enfermo tiene en el tal médico, se halla en pocos días bueno. Las heridas lavan con agua tibia, y con ponerles las manos encima la dan por bastante cura, y si la herida está en la cabeza lávensela con agua y átanle los cabellos de la una parte y otra de la herida unos con otros, en lugar de puntos, y sin más beneficio de lavarle cada día, sanan muchos; y si la herida es de hierba, cúranla a la manera o modo de los españoles, lavándola con agua caliente y cortándole la carne con pedernales hasta atajar la hierba, y por principal ensalmo o cura tienen estos médicos la costumbre de soplar en tanta manera que hasta las lluvias pretenden estorbar con su corruto vaho y soplo. Y no sólo ellos, pero los demás indios, en viniendo un aguacero que sea contra su gusto, luego comienzan a soplar contra el agua pretendiéndole estorbar su natural camino.

Pero volviendo a los médicos, con toda su ciencia y preeminencias, pocos mueren de su muerte, porque si la fortuna les pone entre las manos alguna cura de alguna persona que entre ellos es tenida por principal, de la cual el enfermo muere, sus parientes dan al médico dentro de pocos días la muerte, y le dicen que no se metiera en matar al que no podía sanar; pero con todo este riesgo y peligro, nunca entre estos bárbaros faltan cantidad de estos médicos y embaidores; y algunas veces que el demonio se tarda en hacer la elección en la forma dicha, los propios indios fuerzan a un pariente del que antes lo había sido a que lo sea, diciendo que pues él trataba con el médico muerto, que no puede dejar de saber la manera o arte de curar"⁴.

⁴ Aguado, Fray Pedro. Recopilación historial. Tomo II. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República de Colombia, 1956, p. 91-93.

Sobre este mismo aspecto escribió el viajero francés conocido como Doctor Saffray, que a principios del siglo XIX los cunas y caimanes prestaban mucha obediencia al cacique y al sacerdote, este último desempeñaba el papel de augur y médico, con menos peligro que en el pasado, pues

“Antiguamente cuando un jefe enfermaba, el médico tenía el deber de tomar la mitad de todos los medicamentos que prescribía; en el caso de morir el paciente, introducíanle en la boca un polvo compuesto de fragmentos de sus uñas, de un puñado de sus cabellos y de una planta misteriosa; y preguntábanle si el médico había tomado exactamente los remedios. Cuando el espíritu del muerto contestaba que no, vigilábase al esculapio durante los funerales, y terminados éstos, los parientes del difunto le apaleaban, sacándole los ojos y le mutilaban completamente”⁵.

Lionel Wafer un médico inglés quien llegó a las selvas del Darien acompañando a los corsarios al servicio de la corona británica, narra así su experiencia con la medicina de las Indias Occidentales:

“Era el 5 de mayo de 1681. Yo estaba sentado en tierra, cerca de uno de nuestros compañeros de fortuna, que secaba pólvora en un plato de plata; la pólvora ardió por imprudencia de él, y me quemó toda una rodilla; la carne fue consumida hasta el hueso, y aún el muslo sufrió mucho. Apliqué al principio los remedios que mi morral pudo suministrarme, y temiendo que se me dejara atrás, seguí algunos días con bastante trabajo. Durante ese intervalo

nuestros esclavos nos abandonaron con el negro que se me había dado para servirme y llevar los medicamentos; él huyó con todo lo que yo tenía, y no me dejó nada para curarme la herida. Sentí entonces un vivo dolor y sin poder fatigarme más largo tiempo al través de las selvas y de los ríos, me despedí de mis compañeros y me detuve en el Darién el día 10 de mayo”⁶.

El cirujano quedó a merced de los indios quienes lo curaron del siguiente modo:

“...reducido a vivir con esos bárbaros parecía que no tuviera ningún medio de aliviar mi dolor; sin embargo, emprendieron curarme con ciertas yerbas que mascaban hasta la consistencia de pasta, y que extendían sobre una hoja de plátano para cubrirme la herida. Se renovaba este emplasto todos los días, y su virtud fue tan grande, que al cabo de tres semanas no me quedó en la rodilla sino una debilidad que me duró largo tiempo después, y un entumecimiento del que sufrí ataques aún algunas veces”⁷.

La formación médica de Lionel Wafer fue de gran ayuda, algún tiempo después, cuando entró en contacto con Lacenta, el más importante cacique indígena del norte del Darién:

“Pronto después se presentó una ocasión que contribuyó mucho a aumentar la buena opinión que Lacenta y su gente había formado de nosotros, y a granjearme particularmente su estimación. Sucedió, pues, que una de las mujeres de Lacenta enfermó, y se resolvió sangrarla. He aquí de qué manera ejecutan los indios esta operación:

⁵ Doctor Saffray. Viaje a Nueva Granada. Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948, p. 325.

⁶ Wafer, Lionel. Un bucanero perdido en las selvas del Darién. En: Las maravillas de Colombia. Tomo IV. Bogotá, Editorial Forja, 1979, p. 30.

⁷ Ibid., p. 31

hacen sentar al enfermo sobre una piedra que está en el río; en seguida el operador, armado de un arco pequeño y de cortas flechas, las tira tan ligero como puede por todo el cuerpo desnudo del paciente, sin omitir un solo punto. Es cierto que las flechas tienen un óbice, y así no penetran más adentro que nuestras lancetas; pero si por casualidad tocan una vena llena de viento, y la sangre sale con alguna impetuosidad, saltan, hacen cabriolas y ejecutan mil posturas grotescas en señal de regocijo y de triunfo. Yo estaba presente cuando se hizo esta operación a la esposa de Lacenta, y sorprendido de su ignorancia, no pude menos de decirle que si quería, le mostraría un método más fácil, y que no causaría tanto dolor a la enferma. 'Veamos', me dijo. Entonces hice una ligadura en el brazo de su mujer, con una tira de corteza de árbol, y le abrí la vena con mi lanceta; pero poco faltó para que mi empresa me costase la vida. Tan pronto como Lacenta vio correr la sangre, que ellos sacaban gota por gota, tomó su lanza y juró por su diente que si su mujer se veía mal me atravesaría el corazón. No manifesté ninguna emoción, y le supliqué que tuviese un poco de paciencia. Le saqué como doce onzas de sangre, y después de haberle vendado el brazo, dispuse que descansase hasta el día siguiente. Por fortuna la fiebre disminuyó y los accesos no volvieron. Esto me valió tan gran fama, que Lacenta vino a visitarme, y en presencia de toda la corte se inclinó delante de mí y me besó la mano. Entonces todos los demás me rodearon, los unos me besaban la mano, los otros la rodilla y algunos el pie. Fui puesto en seguida en una hamaca y llevado en hombros de los indios, mientras que Lacenta pronunció un discurso en alabanza mía, en el cual me colocó mucho más

alto que todos sus doctores. Se me llevó de esta manera de una plantación a otra, y viví con mucho brillo y reputación, gracias a los remedios y a la sangría que hacía a los que lo necesitaban. Aunque había perdido mis ungüentos y mis emplastos, a consecuencia de la huída del negro que me había robado el morral, conservaba en el bolsillo una caja de instrumentos y algunos pocos medicamentos"⁸.

El viajero francés Félix Serret, quien se maravillaba del "prestigio social" que tenían los curanderos en Colombia, por su gran credibilidad. Los clasificó en tres categorías:

1. Los de las tribus semisalvajes que tienen sus conocimientos terapéuticos desde los antiguos aborígenes, que adoptaron para ellos los remedios vegetales porque curaron a sus animales en casos idénticos, o bien porque observaron cierta analogía entre los efectos de esas plantas y los de la enfermedad que se proponían curar.
2. Los curanderos exóticos, en su mayoría de raza negra, los cuales se consagran con preferencia al reino animal, hace intervenir frecuentemente 'el mal de ojo' y el diablo, empleando amuletos y rodeando sus prácticas de gesticulaciones y de toda suerte de misterios a fin de poder impresionar al máximo de público. Por las supercherías y por la grotesca ignorancia de estos 'aprendices de médicos' es por lo que está desacreditada la medicina indígena, que es en esencia experimental, a tal punto que la han vuelto absolutamente desconocida.
3. Existe una tercera clase de curanderos, compuesta por hombres serios, con sentido común,

⁸ Ibid., p. 39-40.

inteligentes, observadores y humanitarios, que tienen una fe sincera en la medicina de los primeros aborígenes y se han consagrado con toda paciencia y estudio a perfeccionar los métodos curativos. Han hecho y hacen tantos servicios a sus semejantes, que son merecedores de todo nuestro respeto y simpatía”⁹.

El uso de la hoja de coca

Los cronistas se maravillaron porque los aborígenes mascaban mucha coca y siempre cargaban su mochila llena de hojas y un poporo donde tenían la cal para masticar con la coca. Sobre este aspecto está el siguiente relato de Pedro Cieza de León:

“Por todas las partes de las Indias que yo he andado he notado que los indios naturales muestran gran deleitación en traer en las bocas raíces, ramos o hierbas. Y así, en la comarca de la ciudad de Antiocha algunos usan traer de una coca menuda, y en las provincias de Arma, de otras hierbas; en las de Quimbaya y Ancerma, de unos árboles medianos, tiernos y que siempre están muy verdes, cortan unos palotes, con los cuales se dan por los dientes sin se cansar. En los más pueblos de los que están sujetos a la ciudad de Cali y Popayán traen por las bocas de la coca menuda ya dicha, y de unos pequeños calabazos sacan cierta mixtura o confación que ellos hacen, y puesto en la boca, lo traen por ella, haciendo lo mismo de cierta tierra que es a manera de cal. En el Perú en todo él se usó y usa traer esta coca en la boca, y desde la mañana hasta que se van a dormir la traen sin la echar della. Preguntando a algunos

indios por qué causa traen siempre ocupada la boca con aquesta hierba (la cual no comen ni hacen más de traerla en los dientes), dicen que siente poco la hambre y que se hallan en gran vigor y fuerza. Creo yo que algo lo debe causar aunque más parece una costumbre aviciada y conveniente para semejante gente que estos indios son. En los Andes, desde Guamanga hasta la Villa de Plata, se siembra esta coca, la cuál da árboles pequeños y los labran y regalan mucho para que den la hoja que llaman coca, que es a manera de arrayán, y sécanla al sol, y después la ponen en unos cestos largos y angostos, que tendrá uno dellos poco más de una arroba, y fué tan preciada esta coca o hierba en el Perú el año de 1548, 49 y 51, que no hay para qué pensar que en el mundo haya habido hierba ni raíz ni cosa criada de árbol que crie y produzca cada año como ésta, fuera la especiería, que es cosa diferente, se estimase tanto, porque valieron los repartimientos en estos años, digo, los más del Cuzco, la ciudad de la Paz, la Villa de la Plata, a ochenta mil pesos de renta y a sesenta, y a cuarenta, y a veinte, y más y a menos, todo por esta cosa. Y al que le daban encomienda de indios luego ponía por principal los cestos de coca que cogía. En fin, teníanlo como por posesión de hierba de Trujillo. Esta coca se llevaba a vender a las minas de Potosí, y diéronse tanto al poner árboles della y coger la hoja, que esta coca que no vale ya tanto, ni con mucho; más nunca dejará de ser estimada. Algunos están en España ricos con lo que hubieron de valor desta coca mercándola y tornándola a vender y rescatándola en los tiangués o mercados a los indios”¹⁰.

⁹ Ibid., p. 260-61.

¹⁰ Martínez Zulaica, Antonio. La medicina del siglo XVIII en el Nuevo Reino de Granada. Tunja, Universidad pedagógica y Tecnológica de Colombia, 1972, p. 56-57

Los poderes del Yopa

El misionero español Juan Rivero llegó a Santafé en 1681, se radicó en los llanos del río Casanare donde llevó a cabo su tarea de explorador y evangelizador. En su obra anota que los indígenas están sumidos en un mundo de supersticiones

“Con lo que más usan de estos engaños es con unos polvos que benefician ellos mismos de las frutillas de ciertos árboles coposos y crecidos: llaman a estos polvos *Yopa*, con los cuales hacen sus adivinanzas; pongamos el ejemplo: quieren salir a una guerra, o hacer un viaje, y desean saber el fin que tendrá la empresa; para esto juntan y convocan a muchos y comienzan a darle la *Yopa*, cuyo uso es por las narices, tomándolo a manera de tabaco, y es de tan grande fortaleza, que a breve rato los priva del juicio; con la fortaleza suma hace gran llamamiento de humor a las narices y aquí entra la adivinanza y la señal de sus presagios porque si comienza la evacuación de la asquerosa viscosidad por la ventana derecha de la nariz, lo tienen por gran señal y se pronostican buenos sucesos; y si por la ventana izquierda, lo tienen por ruín presagio, e indicios manifiestos de sucesos infaustos; si por ambas ventanas a un mismo tiempo, queda indecisa la materia; y como el que sea por ambas juntas es lo ordinario, suelen estarse un día entero, sorbiendo *Yopa*, con su duda, hasta que les dé a conocer el efecto por una ventana de las narices. En el ínterin se está hablando con recios y desentonados gritos a manera de locos, haciendo gestos disformes, y aunque están muchos juntos, no hablan unos con otros, sino cada uno a solas, con acciones y meneos,

preguntas y respuestas, que muestran hablar con el demonio a quien piden consejo en sus determinaciones y dudas, y la declaración de los sucesos futuros”¹¹.

El Yopa y el tabaco

Sobre el Yopa y el tabaco escribió Aguado que

“Acostumbran a tomar la yopa y el tabaco, que lo uno es una semilla o pepita de árbol, y lo otro es cierta hoja que crían, ancha, larga y vellosa, y esto lo toman en humo, unas veces por la boca y otras por las narices, hasta que los emborracha y priva del juicio, y así quedan adormecidos, donde el demonio en sueños les representa todas las vanidades y maldades que él quiere, lo cual ellos tienen por muy cierta revelación y no excederán de aquello que han soñado aunque muera. Esta costumbre de tomar la yopa y el tabaco es muy general en todo el Nuevo Reino, y aun entiendo que toda la mayor parte de las Indias”¹².

Fray Pedro Simón se refiere al tabaco y sus virtudes del siguiente modo:

“No dudo sino que es yerba medicinal aplicada en ocasiones, así tomada en humo como en polvo y como en todo, porque de estas tres maneras la he visto tomar al ambir, y llamado el lado que es cierta masa hecha de la hoja y zumo del mismo tabaco, cocido con algunos polvos de furac, que es cierto salitre que se saca en una lagunilla cerca de la ciudad de Mérida en este Nuevo Reino. El, tomado en polvo lo tengo por más medicinal, tomándolo siempre con modo. Y así se vende tan caro en la ciudad de Santafé, en

¹¹ Rivero, Juan. Noticias de bárbaras costumbres, vistas y conocidas en los Llanos del Casanare. En: Las maravillas de Colombia. Tomo II. Bogotá, Editorial Forja, 1979, p. 27.

¹² Aguado, Fray Pedro. Recopilación historial. Tomo I. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1956, p. 599.

especial el que traen de la de Tunja... Hácese esto de lo que se cría en un pueblo de indios llamado Samacá; y otro en lo que llaman La Laguna, a espaldas de esta ciudad. Es un tabaquillo bajo, amarillejo, pero admirable para molido y no para en humo"¹³.

La chicha

Las sociedades que se desarrollaron alrededor de la cultura del maíz elaboraban la chicha como bebida para acompañar las fiestas, las ceremonias religiosas y el ritual de las curaciones. Durante el período colonial la chicha se generalizó para el consumo cotidiano. Su preparación la narra Santa Gertrudis del siguiente modo:

"Aquí, y de aquí para arriba en todo el Perú, fabrican del maíz una bebida que llaman chicha de esta suerte: Toman el maíz y lo ponen a remojar 24 horas, y de ahí lo dividen de dos modos. El uno es cocerlo así entero, y después lo trastornan con su caldo en artesas, y lo ponen a madurar 6 o 8 días; después que ya se fermentó lo sacan y lo muelen en una piedra refregando con otra de mano, y esta masa con el mismo caldo lo vuelven a hervir, y después en artesas lo refriegan con las manos, y le hacen largar toda la sustancia. Cuelan después el caldo, quitan el bagazo y lo embotijan. Le mezclan un poco de miel de caña, y a los 6 o 8 días ya tomó punto, y así se bebe. El otro modo es el mismo artificio, sólo que en lugar de molerlo no lo muelen, sino que lo mascan, y a ésta llaman chicha mascada, y dicen que la mejor es la mascada por las mujeres. Una y otra emborracha con borrachera más fuerte que la del vino o aguardiente, y echan de sí un tufo malísimo. Esta

bebida entre gente india es la más común en todo el Perú"¹⁴.

Otra referencia sobre la chicha la hace el viajero colombiano Joaquín Rocha en un texto del siglo XIX, titulado *Recorriendo el alto Caquetá a comienzos de siglo*. En su descripción anota que la chicha la preparan de yuca, de chontaduro o de plátano maduro, del siguiente modo:

"Despojados estos frutos de su cáscara los ponen a cocer, los muelen y en seguida los mascan: la saliva reemplaza allí el dulce, y es el agente de la fermentación, para conseguir la cual dejan en reposo la masa mascada, poniéndole agua, en ollas, tinajas o botijas, y cuando está suficientemente fuerte, o madura, como ellos dicen (pucusca), tienen ya el masato que, diluido en agua, es la chicha. Llevan este masato por avío cuando van de viaje, y es entonces éste su solo viático y su único alimento. Cuando ya, abajo de Mocoa, desaparece la lengua inga en el territorio del Caquetá, desaparece la chicha mascada y cuando reaparece el idioma en el Napo, en la montaña, y luego en la Sierra, en el Perú y en el Ecuador, reaparece también la asquerosa bebida. De ella son apasionados tanto como los indios mismos, muchos blancos, de los cuales algunos decentes, en todos respectos, menos en éste. Más si es asqueroso ese licor, no es malsano"¹⁵.

Flechas envenenadas y venenos

Durante los primeros años de la conquista, o de la invasión, los cronistas anotaron con mucho juicio lo que tenía que ver con el veneno de las flechas y con los dardos "emponzoñados". Al respecto escribió Aguado que en la Villa de Nuestra Señora de la Victoria, junto a los ríos la Miel y Magdalena, los indígenas trataban las

¹³ Simón, Fray Pedro. Noticias historiales de la conquista de tierra firme en las Indias occidentales. Tomo VI. Biblioteca Banco Popular, Bogotá; 1981, p. 20.

¹⁴ Santa Gertrudis, Fray Juan de. Maravillas de la Naturaleza. Tomo I. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1956, p. 84.

¹⁵ Rocha, Joaquín. Recorriendo el Alto Caquetá a comienzos de siglo. En: Las maravillas de Colombia. Tomo II. Bogotá, Editorial Forja, 1979, p. 167-68.

puntas de las flechas con un veneno especial, del jugo de las plantas.

“El flechazo o puyazo que el español recibía, después de haberle sacado la flecha o puya, porque muchas veces se queda una punta de cuatro dedos en la carne metida, por traerla así amaestrada los indios, hínchenla de solimán molido todo cuanto en ella pueda caber, con fuerza que se le hace, y luégo, con un cuchillo o machete de hierro caldeado al fuego, fogueétanle toda la herida alrededor y en medio, de suerte que queda bien labrada, y le van con el propio instrumento de hierro ardiendo, fogueando los lomos de un parte y de otra todos de alto abajo hasta los pies, orejas y nuca y pescuezo, para atajar o evitar el pasmo, que es lo primero que la hierba causa... Le dan a comer unas puches muy ralas en cantidad de ocho onzas y no más. Son estas puches hechas de harina de maíz y agua, sin llevar sal ni otra cosa de manteca; y esto se le da una vez al día...

En este tiempo de esta dieta, además de guardar el enfermo toda la clausura y encerramiento, no ha de entrar, en donde él está, mujer, de suerte que la pueda ver, porque es averiguado que en viéndola, por la maldad de la hierba, se le alteran las heridas”¹⁶.

Y añade que en Victoria, en tierra de los pantagoros y palenques preparan el veneno para las flechas de la siguiente manera:

“En un vaso o tinajuela echan las culebras ponzoñosas que pueden haber y muy gran cantidad de una hormigas bermejas que por su ponzoñosa picada son llamadas caribes, y muchos alacranes y

gusanos ponzoñosos de los arriba referidos, y todas las arañas que pueden haber de un género que hay que son tan grandes como huevos y muy vellosas y bien ponzoñosas, y si tiene algunos compañeros de hombre los echan allí con la sangre que a las mujeres les baja en tiempos acostumbrados, y todo junto lo tienen en aquel vaso hasta que lo vivo se muere y todo junto se pudre y corrompe, y después de esto toman algunos sapos y tiénelos ciertos días encerrados en alguna vasija sin que coman cosa alguna, después de los cuales los sacan, y uno a uno los ponen encima de una cazuela o tiesto, atado con cuatro cordeles, de cada pierna el suyo, tirantes a cuatro estacas, de suerte que el sapo queda en medio de la cazuela tirante sin que se pueda menear de una parte a otra, y allí una vieja le azota con unas varillas hasta que le hace sudar, de suerte que el sudor caiga en la cazuela, y por esta orden van pasando todos los sapos que para este efecto tienen recogidos, y desde sea recogido el sudor de los sapos que les pareció bastantes, júntalo o échanlo en el vaso, donde están ya podridas las culebras y las demás sabandijas, y allí le echan la leche de unas ceibas o árboles que hay espinosos, que llevan cierta frutilla de purgar, y lo revuelven y menean todo junto, y con esta liga untan las flechas y puyas causadoras de tanto daño. Y cuando por el discurso del tiempo acierta esta yerba a estar feble échanle un poco de leche de ceibas y de manzanillas, y con aquesta solamente cobra su fuerza y vigor.

El oficio de hacer esta yerba siempre es dado a mujeres muy viejas y que están hartas de vivir, porque a las más de las que la hacen les consume

¹⁶ Aguado, Fray Pedro. Recopilación historial. Tomo II. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia. 1956, p. 22.

la vida el humo y vapor que de este ponzoñoso betún sale”¹⁷.

Otro mortal veneno que reseña el padre Gumilla es el de las hormigas, “que tomado en la comida o bebida quita la vida, reduciendo el cuerpo a un vivo esqueleto”:

“Caminábamos el año de 1719 por las vegas del río Apure, y mientras los indios (según su costumbre de lavarse tres veces cada día) se estaban refrescando en el río, me senté sobre un árbol seco: vi venir contra mí una hormiga de extraña magnitud, toda veteadada de listas negras, amarillas, y encarnadas; y aún era más extraño su modo de caminar, porque echados los dos pies de adelante hacia sus espaldas, venía parada, y la cabeza en alto, contra mí. Yo, enamorado de sus bellos colores, y de su nunca visto modo de caminar, en su especie, estaba divertido, rechazándola con un palito: a poco espacio salieron otras, y otras más, de aquella misma hechura, y con todas tenía yo faena, rechazándolas, para que no me echasen de mi asiento: cuando llega un indio de buena ley (que no lo son todos) y dando un grito formidable, me dijo en tono asustado: *Day tebeca, babi, alabuquí ajaduca! ¡Qué haces, padre, que esas están llenas de veneno!* Apartéme luego, y me puse a examinar al indio, el cual (no reservando el secreto, como acostumbran casi todos) dijo: ‘Estas hormigas son muy bravas, y muy ponzoñosas; si pica una sola, da un día de gran calentura; si pican dos, se alarga más la calentura; y si llegan a picar más corre mucho peligro la vida: los indios malignos, y matadores, de estas hormigas sacan el veneno para matar y vengar sus agravios...’ ¿Cómo las cogen y cómo sacan su veneno? repliqué yo, y dijo el

declarante: ‘Que como las hormigas se enojan tan fieramente, y porfían en querer morder, se van cogiendo con un copo de algodón bien esponjado una a una, y puesta sobre el bordo de una ollita, se le corta por la mitad, dejando caer el vientre en ella, sin que se escape alguna, sin recibir daño el que las coge, y parte: que después a pocos hervores que dé aquella agua con algunas medias hormigas a fuego manso, las sacan; y después de fría el agua, cría una tela, o nata de grasa, procedida de las hormigas, la cual recogen y guardan en cañutos (no de caña, porque se penetra y se pierde) sino en cañutos que labran de canillas de tigre, de mono, o de león, donde se mantiene bien”¹⁸.

El doctor Saffray escribió, que cuando se hizo el descubrimiento de América los indígenas envenenaban sus flechas, las que usaban para la guerra y las que empleaban para la caza, aplicando un veneno según el clima y de acuerdo con los productos naturales de cada región. Y anotó que en la costa septentrional de Nueva Granada:

“Los indios se valían del jugo de manzanillo y la más leve picadura bastaba, según dicen, para que muriése el herido en medio de los más atroces tormentos... El manzanillo es muy común en los alrededores de Cartagena; es un árbol de mediana altura, que por su aspecto y follaje se parece bastante al peral... Estas armas terribles causaban gran espanto a los españoles, que en vano buscaban un contraveneno eficaz... En cuanto a la atmósfera que rodea al manzanillo, admitíase, bajo la fe de las leyendas, que era muy peligrosa por la mañana, por la tarde y durante la noche. Dábase por seguro que un

¹⁷ Aguado, Fray Pedro. Recopilación historial. Tomo II. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia. 1956, p. 123.

¹⁸ Gumilla, Joseph. El Orinoco ilustrado. Historia natural, civil y geográfica de este gran río. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1955, p. 307.

prolongado sueño bajo la sombra del árbol, en tiempo húmedo, era mortal”¹⁹.

El curare

El padre Gumilla se detiene a analizar, con mucho cuidado, los diferentes venenos que usaban los aborígenes del Orinoco. Especial atención dedicó a la descripción del curare:

“La nación *caberre*, la más inhumana, bruta y carnícera de cuanta mantiene el Orinoco, es la maestra, y ella tiene el estanque del más violento veneno, que a mi ver, hay en la redondez de la tierra. Sola esta nación retiene el secreto, y la fábrica, y logra la renta pingüe del resto de todas aquellas naciones, que por sí, o por terceras personas, concurren a la compra del *curare*, que así se llama: véndese en unas ollitas nuevas, o botecillos de barro, que la que más cabe, tendrá cuatro onzas de aquel veneno, muy parecido en su color al arropo subido de punto: no tiene sabor, ni acrimonia especial: se pone en la boca, y se traga sin riesgo, ni peligro alguno; con tal, que ni en las encías, ni en otra parte de la boca, haya herida con sangre; porque toda su actividad, y fuerza es contra ella, en tanto grado, que tocar una gota de sangre, y cuajarse toda la del cuerpo, como la velocidad del rayo, todo en uno. Es maravilla el ver, que herido el hombre levemente con una punta de flecha de *curare*, aunque no haga más rasguño, que el que hiciera un alfiler, se le cuaja toda la sangre, y muere tan instantáneamente, que apenas puede decir tres veces Jesús”²⁰.

El mismo Doctor Saffray, quien era médico y visitó la Nueva Granada a principios del siglo XIX, presenta una espléndida página sobre la

preparación del curare. Había sido invitado por su colega Cachinau (médico y hechicero) de una tribu del Chocó, para que lo acompañara a la orilla del Río Verde porque los indios de una tribu vecina iban a preparar el veneno con el que impregnaban los dardos que usaban con la cerbatana. El Doctor Saffray hizo la siguiente descripción:

“El día prefijado salimos del pueblo un poco antes de rayar la aurora. Cachinau, Miguel y yo, íbamos con el cacique, a quien seguían ocho o diez hombres; algunos de ellos llevaban calabazas vacías, y otros, paquetes de plantas cubiertos de grandes hojas, así como también diversos objetos encerrados en cestitos.

Al cabo de media hora de marcha nos detuvimos en un sitio elegido por el cacique, en un pintoresco rincón del bosque situado a orillas de un torrente. Allí se recogió la leña para encender fuego, desempaquetáronse los ingredientes y se machacó en pequeñas porciones la raíz y la corteza de un bejuco, cuyo jugo se introducía en las calabazas. Después de extraerlo todo se llenaron con este líquido varias vasijas de este barro cocido, que fueron puestas sobre el fuego; en cada una de ellas echáronse enseguida grandes arañas del género *Mygale*, juntamente con otras más pequeñas, que no pude reconocer, colmillos de serpiente y un poco de arenilla. Cuando todo esto hubo hervido por espacio de una hora, el jefe cogió un tronco de bambú cuya extremidad inferior estaba tapada con fibras de palmera, de modo que formase un filtro, y vertió poco a poco el contenido de cada vasija, que caía clarificado en una olla bastante grade. Terminada esta operación, y como se necesitaban algunas horas

¹⁹ Doctor Saffray. Viaje a Nueva Granada. Bogotá, Biblioteca popular de cultura colombiana, 1948, p. 47-48.

²⁰ Gumilla, Joseph. El Orinoco ilustrado. Historia natural, civil y geográfica de este gran río. Bogotá Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1955, p. 300-301.

para que se evaporase aquel extracto, algunos hombres, provistos de sus bodoqueras, marcharon a cazar. Poco después volvieron trayendo un mono y varias aves, cuya sangre debía servir de reactivo para probar las fuerzas del veneno. Con este objeto se echaron algunas gotas en una calabaza, y añadiendo una sola gota del extracto, en parte fluido, vióse que bastaba para producir una coagulación casi instantánea. La prueba se renovó varias veces, siempre con el mismo resultado, y el curare, reconocido como de primera calidad, se vertió entonces en unas calabazas pequeñas en las cuales debía endurecerse al enfriarse. Los indios preparan así un curare mucho menos terrible, con el que entorpecen a los animales cuando quieren cogerlos vivos. Es lo que llaman el curare destemplado, y se compone de los mismos elementos que el veneno ordinario, pero diluido en un extracto de *Hura crepitans*,

He dicho que Cachinau conocía casi todo los ingredientes del curare: más tarde me enseñó el bejuco venenoso, que reconocí ser el *Strychnos toxicaria*. Prescindiendo de las arañas, que no tienen importancia, se puede considerar que el curare de los choques se compone de extracto de *Strychnos* mezclado con una pequeña cantidad de veneno de serpiente.

El animal herido por una flecha impregnada en esta sustancia no sufre, los músculos se paralizan, déjase caer, como desfallecido y muerto por asfixia. Los indios creen que el tabaco es el contraveneno del curare, pero he reconocido que no sirve para combatir el envenenamiento ocasionado por aquella sustancia con base del *Strychnos*.

Mi compadre indio negoció en mi nombre el cambio de dos cuchillos por un pequeño carcaj cubierto de una capa de veneno y provisto de dos flechas de bodoquera, y hecho el trato emprendimos la marcha hacia el Río Verde”²¹.

Veneno de ranas

Escribe el Doctor Saffray que la bodequera es el arma común de los aborígenes del río San Juan, pero no utilizan el curare sino un eficaz veneno de rana. Sobre este veneno anota que:

“El batracio que lo proporciona no se encuentra sino en ciertos cantones, y es la especie *Phylllobates melanorrhinus*, que tiene unas tres pulgadas de largo, el dorso amarillo con manchas rojas, los ojos negros y muy grandes y una mancha del mismo tinte en la nariz; a falta de *Phylllobates* se busca una variedad de vientre negro.

Los indios conservan estos pequeños reptiles en nudos de bambú, cuando quieren obtener el veneno necesario para su caza, atan al pobre animal a una rama verde, colocándole sobre un fuego lento; el cuerpo de la rana se cubre poco después de una especie de moho blancuzco, y luego de un aceite amarillo, que se recoge raspando la piel de la víctima. Hecho esto se vuelve a colocar el reptil en su prisión, y si no muere, servirá más tarde para dar una nueva cantidad de licor tóxico. Así como el curare, el veneno de rana ejerce sólo su acción sobre los órganos locomotores y mata por asfixia.

Parece que existe en el Brasil una rana igualmente venenosa...

²¹ Doctor Saffray. Viaje a Nueva Granada. Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948, p. 200-201.

Deseoso de reconocer los efectos del veneno de rana en los animales de gran tamaño, rogué a un indio que me proporcionase los medios de hacer la prueba... A los pocos momentos nos llamó la atención un ligero rumor entre las hojas, y vimos avanzar tranquilamente un magnífico corzo, que arrancaba a su paso algunas ramas de espesura.

El indio acercó lentamente a sus labios la extremidad de la cerbatana, dilatose su pecho, inflamáronse sus mejillas, y la flecha voló: el cervato, herido en la cabeza, saltó hacia el bosque; pero ya se había precipitado el indio en su persecución y a los diez minutos vi a mis pies el cuadrúpedo, vivo, aunque incapaz de sostenerse. Cuando un animal de este tamaño es herido por una flecha envenenada en parte donde la circulación sea rápida, y sobretudo en la cabeza, sólo puede huir por espacio de dos o tres minutos, sus miembros se enervan, deteniéndose, tiembla y cae; los movimientos voluntarios cesan completamente; el pecho se paraliza, falta el aire en los pulmones y el corazón deja de latir²².

Remedios antiofídicos

Desde el período de conquista la mordedura de serpientes venenosas producía pánico entre la población española y los remedios antiofídicos sólo eran conocidos por los aborígenes. Sobre el tema los viajeros extranjeros presentan abundante y valiosa información.

El inglés Charles Stuart Cochrane, quien estuvo en Colombia entre 1823 y 1824, narra lo que le sucedió en un viaje navegando por el río Atrato:

“Hace poco, y cerca de la casa del comerciante Higson, ubicada en la orilla del río, fueron mordidas cuatro personas, dos murieron por descuido y las otras dos mejoraron después de haber sufrido durante dos a tres días graves dolores. Para sanar la herida se acostumbra abrirla con un machete y luego chuparla de tal modo que quede del todo seca. También se aplican sobre la herida hojas de tabaco untadas de ron, y si es posible, hojas frescas del árbol de guadua, que se machacan con la trepadera de la planta guacha. Todo esto se amasa fuertemente sobre las heridas, y si se puede se suministra al mordido una fuerte dosis de ruibarbo y jalape²³.”

El Doctor Saffray, por su profesión de médico dedicó muchas páginas de su obra a los remedios antiofídicos. Anota que estando en Cartagena:

“En uno de mis paseos por la montaña, el negro, que me proporcionaron para criado me indicó una planta trepadora a la cual daba el nombre de contra (*Alexipharmaque*), asegurándome que era un remedio infalible para las mordeduras de las serpientes, y que él mismo había podido apreciar sus virtudes maravillosas. Reconocí que era la *Aristolochia anguicida*, indicada, según creo, por Kunth, como perteneciente a esta región²⁴.”

Este médico francés tuvo especial cuidado en estrechar su relación de amistad con el curandero de la tribu (en Río Verde, Chocó), a quien trataba como colega, con el fin de aprender de él las propiedades de las plantas. Este episodio lo narra de la siguiente manera:

²² Doctor Saffray. Viaje a Nueva Granada. Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948, p.316-320.

²³ Cochrane, Charles Stuar. Viajes por Colombia 1823-1824. Bogotá, Banco de La República, 1994, p. 294.

²⁴ Doctor Saffray. Viaje a Nueva Granada. Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1948, p.30.

“La casualidad hizo que contrajese conocimiento íntimo con Cachinau, médico y hechicero de la tribu. Cierta día llevaron a su casa un indio a quien había mordido una serpiente en la pierna, pero el hombre de la ciencia estaba ausente; contáronme el caso y me ofrecí a curar el herido. Yo llevaba siempre polvo de cedrón, y después de fajar con fuerza la pierna del paciente le administré un gramo del remedio, mientras que Miguel, siguiendo mis indicaciones transformaba en vaso la parte prolongada de una calabaza. Con mi cortaplumas ensanché la herida, y la calabaza, impregnada de aguardiente inflamado, formó una enorme ventosa. Propiné al indio tres veces, con dos horas de intervalo, la dosis de cedrón mezclado con ron, y mandé que le hicieran unas fricciones enérgicas. El paciente recobró el conocimiento y a las veinticuatro horas no ofrecía sino los síntomas tifoideos, que se combaten con los tónicos ordinarios.

Al día siguiente vino a verme Cochinau; díjome que yo era el gran taita, y declaró que deseaba ser mi amigo. Yo le expliqué el acto de ligadura y de la ventosa; demostréle que a falta de aguardiente produciría el bombax o de *melastomas holosericea* y le hice comprender cómo un tronco de bambú podía reemplazar la calabaza, de la cual me había servido yo por no tener otra cosa mejor.

El buen hombre parecía asombrado, yo era a sus ojos un gran conjurador, y dijo que podía considerarme como su cofrade sin humillarse. Desde aquel momento me sirvió de compañero en mis paseos por el bosque, indicóme varias plantas útiles y me inició en su práctica

médica, aunque sin atreverse a revelarme los signos cabalísticos y las palabras inspiradas sin las cuales en su concepto, no podían curar las plantas. En él no era esto charlatanería, sino pura convicción; los indios creen que las plantas actúan por sus virtudes ocultas”²⁵.

El Doctor Saffray se comportó como un verdadero hombre de ciencia en su relación con las diferentes comunidades de las regiones que visitó y en sus memorias reseñó un gran número de contravenenos, como se puede observar en las siguientes páginas:

“Entre los más eficaces citaré la *Dorstenia contra.yerba*, de sabor cálido, picante y aromático; la caña de víbora (*Kuntia montana*), único individuo de la familia de las palmeras en el que se ha reconocido la propiedad de combatir el veneno de las serpientes; el *Algiphila salutaris*, verbenácea muy activa; la almendra de pica-pica (*Macuna mutisiona*), llamada también ojo de venado; el cedrón o más bien los cotiledones del fruto del simabo cedrón y el Malabo (*Drymis granateusis*), designado igualmente con los nombres de bejuco de Guayaquil y canelo de la costa, grueso bejuco de corteza amarga y aromática.

La familia de las aristoloquias produce en todos los países remedios que los indígenas consideran como muy poderosos para combatir los efectos del veneno de las serpientes. Aquí no hay más que elegir; citaré sólo la *Aristolochia cordiflora*, de enormes flores acampanadas, cuya raíz es la que contiene la virtud; la *A. fragantísima*, de corteza aromática y alcanforada, febrífugo conocido en el país con el nombre de bejuco de las estrellas, porque el tallo presenta en

²⁵ Ibid., p. 190-91.

su interior una figura en forma de estrella; la *A. geminiflora*, o bejuco carare; la *A. anguicida*, o contra capitán, o capitana de corazón; y por último, la *A. rigens*, que conseguí determinar después de haberla conocido con los nombres comunes de chumbipe, larrogoza y gallo de monte; este último se deriva de la forma de su flor.

La más célebre de las plantas anti-venenosas del país es el guaco, clasificado primeramente por Mr. Mutis. Hay dos especies: la una de flores blancas, que crece en las regiones templadas, y la otra de flores de color violeta, que habita en las cálidas y constituye el verdadero guaco de los indígenas. Cuéntase que una ave del Chocó, destructora de serpientes, come las hojas de esta planta, cuando ha sido mordida por una serpiente, y que de su grito particular, huaco o guaco, se deriva el nombre aplicado al poderoso específico.

La mikania es una planta herbácea trepadora, de ocho a diez metros de largo; las hojas, muy delgadas y membranosas, son opuestas, ovales, de doce a quince centímetros de longitud por seis o siete de anchura, algo carnadas, ligeramente dentadas y ásperas en su cara superior. Las flores, dispuestas en corimbos en la extremidad pubescentes, ofrecen los caracteres bien marcados de la de la familia *sinantereas*.

Entre todas estas plantas se cuentan tres que merecen especial confianza: el cedrón, la *Aristolochia rigens* y el guaco. Son poderosos tónicos, cuya acción en la economía permite luchar contra la influencia depresiva y asfixiante del veneno; ¿pero podrían

calificarse de verdaderos específicos? No lo creo, pues no neutralizan el principio letífero. En el tratamiento de un herido los considero tan sólo como auxiliares indispensables, porque los verdaderos medios de salvación son la ligadura, el ensanchamiento de la herida, la succión con la boca o por medio de ventosas y la neutralización del veneno por el amoníaco a la potasa cáustica, ensayada con éxito por el abate Fontana. El amoníaco, administrado como remedio interno, es asimismo útil, es un estimulante difusible. En diversas ocasiones ensayé la cauterización de la herida por medio del yodo disuelto en una solución de yoduro de potasa, propinado el mismo remedio como bebida, y todos los pacientes curaron. En otros experimentos inoculé en varios animales veneno de serpiente adicionado con una centésima parte de solución yódica, y no sufrieron accidente alguno. El yodo ejerce en tal caso una acción neutralizadora muy marcada".²⁶

El viajero francés Félix Serret escribió que cuando estuvo en Turbaco, en 1911, se encontró con un anciano quien

"Acaba de ser mordido por una serpiente coral mientras cortaba en su potero un poco de hierba para su asno, pero que para contrarrestar el veneno se había bebido inmediatamente, con un vaso de ron, la hiel de la serpiente. Este medio empírico de tratar las mordeduras de las serpientes y de otros animales venenosos, como los alacranes, las escolopendras, etcétera, con su propia hiel, ha sido utilizado con éxito desde tiempos inmemoriales por los indios de Norteamérica, Chocó, Cauca y otras regiones a pesar

²⁶ Ibid., p. 197-99.

de que recientemente el doctor Fraser, de Inglaterra, ha preconizado con la verborragia científica habitual, haber sido el primero en descubrir este sistema.

Pregunté al viejo a quien había mordido la serpiente si él confiaba en su propio remedio, me respondió que no, manifestándome que iba a ver a su regreso a Turbaco a uno de sus compadres, empirista ocasional, que según él tenía numerosos “secretos” o contras para curar las mordeduras de serpientes. Porque esta es una comprobación que he hecho repetidamente: un nativo mordido o picado por un animal venenoso, jamás va a solicitar los servicios del médico si en su lugar existe un curandero”²⁷.

Plantas medicinales

El sacerdote jesuita Joseph Gumilla²⁸ narró las costumbres de las comunidades aborígenes que el mismo visitó y nos legó una obra que semeja una pequeña enciclopedia. Lo anterior se puede deducir del título que dio a sus crónicas: *El Orinoco ilustrado, historia natural, civil y geográfica, de este gran río, y de sus caudalosos vertientes: gobierno, usos y costumbres de los indios sus habitantes, con nuevas y útiles noticias de animales, árboles, frutos, aceytes, resinas, yervas, y raíces medicinales*.

Anota el padre Gumilla que cuando los indios regresan de los bosques y selvas traen resinas y aromas, frutas y raíces medicinales. Acota que “para mí es indubitable, que hay entre aquellas vastas arboledas resinas, aromas, flores, hojas y raíces de grande aprecio, y muy útiles a la botánica, cuando el tiempo las descubra. Ahora apuntaré lo poco que se ha descubierto, que creo muy útil al bien público”. Entre la gran cantidad de plantas que señala, sobresalen las siguientes:

“El palo de *anime* es tan común en dichos bosques, que apenas se da paso sin encontrarle en los ríos de Tame, Cravo, Macaguane, y otros muchos. Le pican los indios el tronco con un machete, y por cada herida llora cantidad de resina tan blanca, como la nieve, de un olor muy suave; se ha experimentado, que su humo alivia grandemente la cabeza, aunque esté con jaqueca: y cuando ésta proviene de frío, con dos parches que se ponen en las arterias, que bajan de la cabeza por detrás de las orejas, se reconoce luego la mejoría”²⁹.

Los indios tunebos de la misión de Patute suben hacia el nevado de Chita buscando los árboles que dan la Otova, llamada también Otiva, no es resina ni goma sino una avellana blanca, que se encuentra dentro de las flores de dichos árboles.

“Es tan blanda como una mantequilla: hacen bolas de a libra, y después las venden a ocho reales de plata cada una; y por mucha que cojan, falta siempre, por los muchos que la buscan para remedio de sarnas, tiñas, y otros males: especialmente es un admirable preservativo contra las niguas, piques, o pulgas imperceptibles, que se entran hasta la carne viva. Es un gran confortativo para el estómago, con una pelotilla del tamaño de una avellana, tomada y dos sorbos de agua tibia encima, se quita el dolor de estómago. Tomadas tres, o cuatro pelotillas del mismo tamaño, fomentadas con agua tibia, sirve de purga. Creo que el tiempo irá descubriendo muchas virtudes de esta otova.

²⁷ Serret, Félix. Viaje a Colombia 1911-1912. Bogotá, Banco de La República, 1994, p. 259-60.

²⁸ Entre los 43 jesuitas que fueron autorizados por el alcalde de Sevilla para viajar a la América Meridional está el geógrafo, misionero y americanista Joseph Gumilla. Era filósofo de primer año, natural de Cárcer, obispado de Orihuela, de 18 años, cuerpo mediano, con señales de viruelas y lunar pequeño junto al ojo derecho. Desde 1731 se iniciaron sus expediciones por el río Orinoco, las que duraron varios años.

²⁹ Gumilla, Joseph. El Orinoco ilustrado. Historia natural, civil y geográfica de este gran río. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 1955, p. 178.

El *currucay*, es una goma que llora el árbol de su nombre, después que le pican la corteza: es parecida al *anime*; pero muy pegajosa: tiene el olor aromático, más intenso, y fuerte, que el *anime*: se entiende por los efectos que es goma muy cálida; y la experiencia ha mostrado, que una bizma de ella quita la frialdad que se introduce en las descoyuntaduras de huesos, y en los pasmos. Lo que yo tengo experimentado es, que puesta una bizma de *currucay* sobre los empeines, después de bien estregados, los quita enteramente, sin ser necesario repetir el remedio...

El árbol, que en la provincia de Cartagena llaman *merey*, y en la de Casanare *Caracolí*, todo es útil; porque tomada el agua cocida, y tinturada con la corteza de este árbol, ataja las evacuaciones de sangre: su fruta es muy sabrosa, del color, y casi de la hechura de una manzana; pero sólo tiene una pepita del tamaño de una almendra afuera, en la parte opuesta al pezón... dicha pepita cruda, o sin tostar, es un cáustico violento: basta un pedacito de dicha almendra, para abrir una fuente, o levantar vejigatorio cuando conviene.

En los ríos de Chire, Tate, Punapuna, y otros muchos de aquellos llanos, se halla la *Zarza* tan celebrada, y aprobada contra el mal gálico. En los para subir a la nevada, y páramo de Chita, se halla la raíz de china, aprobada contra muchos males; y se busca con ansia para poner dentro del jarro en que se bebe, o en las tinajas de agua: por la experiencia, de que por mala que sea la deseca, adelgaza, y quita las

malas cualidades. Su color es entre encendido y amarillo: es raíz de poco bulto, y mucho peso. En los troncos de las palmas nace el polipodio: su tronco es delgado, y peludo, por lo cual le llaman los betoyes *sorroy umucoso*; que es decir: Brazo de mono. Su hoja es casi como la de la col, va creciendo, y arrojando raíces a un lado, y otro de la palma, con que atrae su jugo, y se tienen sin caer. La agua de la raíz del polipodio se ha experimentado eficaz contra la ictericia, después de bien cocida con dicha raíz; pero los indios la usan para sal, de que carecen.

Encienden fuego, y consumida la leña, echan sobre las ascuas aquellas raíces de polipodio; y el carbón que resulta de ellas es salitre, bastantemente intenso, el cual echan en su puchero para darle gusto de sal.

En aquellas selvas se halla también la pepita que llaman *de toda especie*; y es propio el nombre, porque con ser del tamaño de una almendra pelada, el olor tira al de la canela, y en el picante no dista mucho de la pimienta, y clavo: es saludable, y muchos la buscan a toda costa para echar en el chocolate: y les alabo el gusto³⁰.

Dice también el padre Gumilla que en las vegas del río Apure los árboles más coposos y hermosos son los *cañafístulos*. Cargan de fruto con una abundancia inmensa y su carne sirve para muchos remedios. Agrega, además, que:

“El árbol más apreciable que se halla en el Orinoco, y en todas sus vertientes, es el Cabima, que así le llaman los indios; y entre los blancos se llama *palo de aceite*. Nace en lugares

³⁰ Ibid., p. 179-82.

húmedos, como son junto a los ríos, y lagunas: un año antes avisa el árbol del licor precioso que va preparando; y la señal es un tumor, que va formando entre el tronco, y corteza, a poca distancia de el sitio en que se divide en brazos, y ramas, que es como el centro, y la medianía, a donde todo el árbol remite aquel precioso humor, para formar el bálsamo. En el mes de agosto empiezan los indios a recoger este aceite, para lo cual, algo más abajo del tumor, abren, a punta de hacha, una concavidad, capaz de la vasija en que se ha de recibir... El aceite se usa para purgas, y basta una cucharada, que no pase de media onza, para causar una grande operación, sin el menor riesgo, y sin hacer cama, y aunque sea un cavador, que ha de trabajar, y mojarse, no tiene riesgo alguno de tal purga; sólo requiere tomar agua tibia; y cuantas veces la tomare, tantas evacuaciones hará: y en dejando de tomar agua tibia, cesa la operación, de lo cual tengo larga experiencia³¹.

Plantas muy útiles

En el grupo de plantas muy útiles el Padre Gumilla destaca las siguientes. El *anoto* o *achiote*, árbol el más estimado porque todos los pueblos se visten de él a su modo:

“Puestas en infusión grandes cantidades de estos granos de *achiote*, después de bien lavados, y estregados con las manos, queda el agua colorada, y al otro día se halla a fondo toda la tintura, y el agua otra vez con su nativa claridad: derraman el agua con tiento, y dejan al sol el *achiote*, o *color* que se quedó en el fondo, del cual, a medio secar, forman pelotas, que guardan para

moler con aceite, y untarse diariamente, como ya dije.

Sabiendo yo la cualidad fresca de este unto, y cuan poderosa, y eficazmente se defienden con él los indios de los violentos rayos del sol, en aquellos países del equinoccio, en una casualidad, hallé un efficacísimo remedio contra las quemaduras, y pringues, ya de aceite, ya de grasa, o de agua, o caldo caliente: y fue así, que habiéndose pringado gravemente un doméstico mío eché polvos de *achiote* en aceite de oliva; y hecho el unguento, lo mismo fue aplicarle a la parte dolorida, y lastimada, que faltar repentinamente el dolor: quedé admirado de tan pronta operación; y después, con el curso de largos años, se ofrecieron muchas ocasiones, en que otros padres misioneros, a quienes comuniqué la casualidad, y yo también, hemos repetido el remedio dicho, y experimentado la misma actividad, y eficacia³².

También el totumo es muy útil:

“Porque de sus totumas forman los indios escudillas, platos, vasijas para beber, cargar agua, y para guardarla en casa: el color, y figura de las totumas es muy parecido al de las sandías, de casco tan fuerte, que resiste a repetidos golpes. Su carne (cuando la totuma es tierna) tomada algunas veces la cantidad de tres onzas, es específico experimentado, para que la sangre molida, o extravenada, por caídas, palos, o porrazos, no pase a formar apostemas³³.

³¹ Ibid., p. 183-84.

³² Ibid., p. 358.

³³ Ibid., p. 358.

Otra planta de gran utilidad es la *espadilla* o *espadín*, bautizada así por los padres misioneros:

“Los indios las llaman *isocá*, que quiere decir amargura, porque realmente las tales hojas son tan amargas, que parecen ser la misma amargura alambicada: su eficacia contra el dolor de costado, sea propio, o sea bastardo, es vivísima: seis u ocho hojas de aquellas medio machucadas, y hervidas en cantidad competente, dan una tintura excesivamente amarga, la bebe el doliente, y aquellas mismas hojas se aplican a la parte de las puntadas; y a la segunda, y cuando mucho, a la tercera repetición de este específico, cesa el dolor de costado: experiencia, que todos los días se toca con las manos, ya en una, ya en otra de nuestras misiones; en las cuales no hay otros enfermeros, que los mismos misioneros. Dudó un gran médico, que vivía en Santa Fé de Bogotá: pidióme, y le remití cantidad de dichas hojas; y como llegasen secas, por la gran distancia, dobló la cantidad, y después de suficiente infusión, hizo el cocimiento, y surtió en aquel temperamento frío el mismo buen efecto, que en el cálido, cual es el de nuestras misiones”³⁴.

Una planta que abunda en las márgenes de los ríos de la región del Orinoco es la *Titicaná* que se asemeja a la caña dulce pero su jugo es agrio como el limón, por lo tanto los padres misioneros la llaman *Caña agria*:

“Y viendo que los indios gentiles, en sintiéndose asoleados, y con calentura, mascaban la dicha caña, y sentían alivio, se hizo prueba dándoles a los que padecían calentura, el jugo de dicha caña, hervido con proporcionada cantidad de azúcar; y se reconoció,

que luego prorrumpían en copioso sudor, y después de él minoraba notablemente la calentura; y repetido el remedio, quedaban sanos; por lo cual es este el más usado en los partidos de nuestras misiones”³⁵.

Entre la maleza crece la verbena, llamada *yerba admirable*:

“A cada hoja le corresponde una florecita, entre morada, y blanca; es específico muy eficaz para las calenturas efímeras, que se encienden con mucha frecuencia, ocasionadas del riguroso calor de la eclíptica: también quita las tercianas, y cuartanas: tomado su cocimiento, que es en gran manera amargo, hace uno de dos efectos, sin falta; a algunos hace sudar copiosamente; a otros excita repetidos vómitos; y en unos, y otros, es siempre cierta la mejoría; y a pocos días de repetición, la salud”³⁶.

Para tratar las llagas recomienda:

“Para supurar las llagas, en que allá de ordinario cae cáncer, a causa del sumo calor, hay muchas yerbas a mano, de las cuales hecho, y aplicado el emplasto, al segundo, o tercero, queda limpia la llaga, y libre de toda putrefacción. La más usual es la yerba de *Santa María*, bien semejante a nuestra hierbabuena en la hoja: sólo que la de aquella es más ancha, y echa flor encarnada: es muy amarga esta yerba. El *espinillo* que nace en llanos húmedos, tiene sus hojas de hechura de lanceta, y al pie de cada hoja una espina, que tiene la misma virtud que la antecedente. La misma eficacia tiene el *mastranto*, que se parece a

³⁴ Ibid., p. 360.

³⁵ Ibid.

³⁶ Ibid., p. 361.

la yerba de Santa María; sólo se diferencia, en que sus hojas son bellotas y no amargas.

Mucho más activo es para lo dicho el carbón del vástago del *boro*, que nace junto a los ríos, y lagunas: este vástago es mucho más grueso que el de nuestras coles, y sus hojas parecidas pero mucho mayores que las de las coles: hecho polvo el carbón de dicho vástago, y puesto en la llaga más encancerada, a la segunda cura se halla limpia, y la carne viva³⁷.

Sobre plantas con efectos purgantes señala las siguientes:

“En todos aquellos arroyos, y ríos, que tienen vega, y arboleda, nace la raíz *guajiva*, es como una batata, y tiene las mismas propiedades de la famosa batata llamada *mechoacán*, por la provincia en que nace. Lo especial de la *guajiva* es, que cuatro, o cinco hojas verdes de su vástago, hervidas en agua clara, tomada esta, hace el mismo efecto purgante, que su raíz.

No quisiera que esto causase novedad, porque para quitarla, traeré por testigos a los habitantes de la Habana, que en las hojas de un sarmiento, que llaman el *frailecillo*, tienen el más raro purgante del mundo: de dichas hojas forman una ensalada muy propia al gusto; pero cuenta, que cuantas hojas comiere, tantas evacuaciones ha de expeler: mas cuidado ha de tener en el modo de arrancar las hojas (y aquí llamo otra vez la atención de los físicos) si arranca las hojas tirando hacia abajo, cada hoja causa una

evacuación: si las arranca hacia arriba, causan vómitos; y si arranca unas para arriba, y otras hacia abajo concurre uno, y otro efecto: esto es notorio en la isla nobilísima de la Habana. ¿Quién comprenderá los secretos de la naturaleza?”³⁸.

Fray Juan de Santa Gertrudis también señala algunas plantas muy útiles y prácticas. Sobre el achiote escribió lo siguiente:

“El otro día de mañana reparé delante la casa un árbol muy coposo, medianamente alto. Su hoja parecida a la del arrayán, salvo que tiene 4 dedos de largo, pero la misma figura y canto. Tenía él unos ramitos de unas bolsitas coloradas oscuras llenas de pelitos. Yo pensando que sería alguna fruta, pregunté al patrón y me dijo: Padre, esto es achiote. Yo le dije: ¿y de qué sirve? Y me respondió: Este es el azafrán que se usa en estas tierras. Yo le quise ver, y él cogió un ramito, abrió una bolsita y dentro tiene cada una seis granitos como la uva enlazados de un humor carmesí. Púsolos en un pilche con un poco de agua, y refregándolos con el dedo largaron su color carmesí. El dijo: Padre, con sólo este poquito hay bastante para dar color a una olla de comida, que se pondrá toda amarilla, y cuanto más le echen se pondrá el color más encendido, hasta que con mucho se pone como lo ve carmesí. Yo le pregunté si daba también algún sabor, y me dijo que sí y muy gustoso. Yo lo quise probar, y me llevé un ramito, y a la noche lo probamos y es muy bueno”³⁹.

Acerca de la canela anotó que

³⁷ Ibid., p. 361.

³⁸ Ibid., p. 362.

³⁹ Santa Gertrudis, Fray Juan de. Maravillas de la naturaleza. Tomo I. Bogotá, Biblioteca de la Presidencia de la República, Bogotá, 1956, p. 87.

“El segundo día de llegar al tambo Fr. Juan de la Cruz nos dijo que en aquel paraje había canela, pero que era distinta a la canela regular, porque era canela y juntamente pimienta, porque tenía su picante, y vulgarmente la llamaban canela de páramo. Yo al instante le dije que la quería ver y probar. Allí junto había un árbol del tamaño de un algarrobo grande. Su hoja es semejante a la del laurel en lo doblado y hechura. Yo corté una rama y Fr. Juan cortó un pedazo de cáscara. Las hojas y la rama, en el olor y sabor, es un mixto de pimienta y canela con un poco más de picante. Probé después a mascar un pedacito de la cáscara gruesa, y pica mucho más que el ají. Un adarme sólo que se pusiera en una olla capaz para 25 criaturas, soy de sentir que no la pudieran comer de picante”⁴⁰.

buena y segura. Estos meloncitos los crían unos bejucos que hay en el monte. Y en días pasados, dijo, con una partida machacado, y con lejía cocido, como es tan aceitoso, probé de hacer jabón, y salió muy bueno, pero deja este olor fastidioso en la ropa. Estas y otras que ya tengo las he mandado buscar para mandarlas a Pasto, que me las han pedido”⁴¹.

Dice sobre el caraño que es del tamaño “de un cedro grande, aunque no tan alto. Cuatro hombres no habrían abarcado el tronco. En picarlo destila él una resina de color de la miel, la cual llaman caraña. Es tan salutarífico medicamento contra toda llaga y apostema, por encancerada que esté, que dentro de ocho días la sana; y en especial contra las llagas galliquientas. Con el tiempo ya afuera conocí lo que lo aprecian, y experimenté curas prodigiosas de llagas muy encanceradas con un cañuto que saqué de esta resina”⁴².

Refiriéndose a un purgante especial anotó que:

Santa Gertrudis consideraba el aguacate como una de las frutas más deliciosas.

“Un día vi que vinieron algunos indios trayendo unos meloncitos, algo menores que la cabeza y al llegar lo fueron a presentar al lego, diciendo: *Payre, na*. Que quiere decir: Padre, toma. Yo pensé que sería fruta, y le pregunté sobre ello, y me dijo: Ahora verá lo que es. Rompió uno y dentro estaba lleno y tenía unas habas del tamaño de una peseta con la figura de los chochos. Tiene cada una su cáscara, y ésta es la yesca que allí regularmente gastan los indios. Dentro tenía una masa como almendra muy aceitosa con el olor algo fastidioso. Yo le pregunté si se comía, y me dijo: Esto es purgante. Aquí lo llaman habilla, y afuera en los poblados es apreciado, porque con la cuarta parte que uno tome de una de estas habas, es una purga muy

“Cuando yo llegué a Timaná enseñé al Padre sacristán los aguacates que traía, y él dijo que era fruta muy apreciada. Yo le dije: Pues a mí no me sabe. El dijo: Tiempo vendrá, si usted la prueba algunas veces, que le parecerá muy buena, y así fue. Porque hasta que se acabaron la comí en la mesa dos veces al día compuesta con sal y pimienta, y ya sentí que se acabasen tan presto, y me volví tan afecto a ella, que la tengo por una de las más regaladas frutas del Perú. El árbol que la da es árbol que se hace muy grande y coposo, del tamaño de un nogal, y carga mucho de fruta. He visto árbol de éstos que tendría seis cargas en un convento nuestro en la ciudad de Guanuco, en el

⁴⁰ Ibid., p. 144.

⁴¹ Ibid., p. 184.

⁴² Ibid., p. 163-64.

Virreinato de Lima, como diré más adelante.

Al aguacate, según diversas provincias, le dan nombres distintos: en los llanos de San Juan lo llaman curas, y de Cajamarca para arriba lo llaman paltas. Es fruta que regularmente pesará media libra cada uno, y hay de menores y de mayores también. Fruta de éstas he visto pesar cinco libras y media, y siete también. Su color es verdigallo; su hechura es una calabacito de dos verrugas; tiene una peladura del canto de un cordaba. Su carne es entre blanco y amarillo. Dentro tiene una pepita vestida de una telita delgada como la nuez. La pepita es del tamaño de un albaricoque, y tiene su color pardo; su hechura es un perfecto corazón. He oído decir que seca, hecha polvo, y bebida, es contra mal de corazón⁴³.

Se solaza Santa Gertrudis describiendo las propiedades de la chirimoya y de la pitahaya. Dice que “la carne de la chirimoya es más blanca que el algodón, blanda como la batata cocida, y muy más dulce que la pera; porque aquello es comer confitura y su dulzor nunca empalaga. No hay en España, ni creo que Dios haya criado fruta igual. Sólo en el paraíso pudo ser. Esta es la reina de las frutas que en el mundo hasta aquí se han conocido⁴⁴.”

Dice que la pitahaya es de las frutas “más frescas y regaladas que tiene el Perú”, y agrega que “los granitos son tan chicos como una liendrecita de color negro. Su carne es del color y humedad de la sandía. Es fruta muy fresca. Ellas regularmente son del tamaño del puño. Yo cuando vi aquella fruta tan diforme, no quería creer que fuera pitahaya, hasta que la probé. Yo comí bastante, pero a la tarde, así que me levanté de la siesta, me retiré a hacer aguas, y veo que

meaba sangre. Tomé un buen susto, y tanto que lo comuniqué al Padre cura. Él me dijo que no me diese cuidado, que aquello era de la pitahaya que tiñe estas humedades. Yo después siempre lo he vuelto a experimentar así⁴⁵.”

Por su parte el Doctor Saffray escribió que la provincia de Antioquia ofrece al botánico una maravillosa colección de plantas, muchas de las cuales son desconocidas aún en Europa:

“Las plantas medicinales están representadas por la zarzaparrilla, la cañafístula, el tamarindo refrescante, el bálsamo de caruña, la ipecacuana, (*Cephoelis ipecacuana* y *Psychotria emita*) la *Datura arborescente*, la jalapa, el *Chenopodium* y el *Spigelia*, poderosos vermífugos, el *Curcas purgans*, violento drástico, el *Poligonium tenuifolium*, cuyo jugo corta las hemorragias, el *Pareira brava*, y muchas variedades de gencianas, salvias y valerianas⁴⁶.”

Sobre el árbol del guayabo escribió lo siguiente:

“La especie *Poidium pyriferum* es un árbol sumamente útil: no sólo se prepara con sus frutos, sino que la hoja, y sobre todo la corteza, son ricas en tanino, pudiendo utilizarse provechosamente en la medicina y en la industria. Durante una epidemia de disentería en que no tenía yo a mano otro remedio, administré a mis enfermos, con el mejor éxito, una decocción de corteza y de retoños de guayabo, en todos los casos en que estaba indicada la acción de un tónico astringente. También hice uso de esta decocción muy concentrada, para excitar úlceras tónicas, y los resultados fueron siempre muy satisfactorios cuando los enfermos pudieron sujetarse a un régimen

⁴³ Ibid., p. 306.

⁴⁴ Ibid., p. 162.

⁴⁵ Ibid., p. 317.

⁴⁶ Doctor Saffray. Viaje a Nueva Granada. Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura colombiana. 1948, p. 139.

tónico. En tales condiciones, el guayabo producía una rápida cicatrización”⁴⁷

Cuando el viajero francés Félix Serret estuvo en Cali, en 1911, le llamó la atención una planta “curalotodo”, llamada “quereme” que describe con especial cuidado:

“Al recorrer durante el mes de junio los alrededores de Cali, llegué un día, subiendo el *Dagua*, a la entrada de un pequeño valle de la Cordillera Occidental, llamado el Valle del Salado, donde me llamó fuertemente la atención la abundancia de una planta de la cual ya había oído hablar y que conocían con el nombre de *quereme*. Es en la única parte del mundo donde se encuentra. Se ven algunos especímenes raros en varios jardines particulares de Cali, pero no prosperan ni florecen. Esta planta, muy interesante tanto por su extremada rareza, como por sus curiosas propiedades medicinales, pertenece a la familia de las *ericaceas*, es un arbusto con hojas alternas sin estípula, oblongas, persistentes, de un verde oscuro, distribuidas en grupos de a cinco, cuyas flores de un blanco rosáceo están dispuestas en racimos. Su olor, muy penetrante se me antoja que se parece al perfume del winter-green o salicilato de metilo.

La flor del quereme es muy apreciada en el Cauca y en todo Colombia a causa de sus propiedades terapéuticas que la hacen preciosa sobre todo en odontología, donde se emplea como anestésico o como antiséptico y desinfectante, y casi siempre con más éxito que el permanganato de potasio o el timol.

Por otra parte es un expectorante de primer orden, según el doctor Borrero, una de las máximas autoridades médicas en Colombia, quien la ha ordenado frecuentemente en forma de jarabe para el tratamiento del asma. Las gentes de la región de Cali tienen una especie de veneración por la flor del quereme.

Según una tradición local, la Virgen Santísima se apareció un día a los indios en el *Valle del Salado*, y a su partida dejó una estatuilla semejante a su imagen, como un recuerdo. Esta estatuilla, u otra, se muestra hoy día en la iglesia de *Nuestra Señora de las Gracias*, en Cali, donde es venerada bajo la devoción de *Virgen de los Remedios*, a causa de las numerosas curaciones milagrosas que se le atribuyen”⁴⁸.

⁴⁷ Ibid., p. 242-43.

⁴⁸ Serret, Félix. Viaje a Colombia 1911-1912. Bogotá, Banco de La República, 1994, p. 64-65.

CONCLUSIONES

Durante la conquista de América los sacerdotes y frailes que se trasladaron al Nuevo Mundo trajeron sus conocimientos médicos, los que se vieron enormemente enriquecidos por el contacto con chamanes indígenas que les transmitieron su saber respecto al empleo de las plantas medicinales americanas. Es así como Fray Juan de Santa Gertrudis (misionero franciscano) hizo un relato de sus viajes durante los años 1767 y 1768, donde se ocupó de detallar su vida cotidiana en las misiones que visitó y enumeró las plantas exóticas que servían de alimento y para curar. El padre Gumilla (sacerdote jesuita), dejó la obra *Orinoco Ilustrado* donde relata las costumbres de los indios, en lo referente a yerbas, aceites, resinas y raíces medicinales. Fray Pedro de Aguado dejó una recopilación historial con amplia

información sobre la forma como los indígenas seleccionaban a sus médicos y mohanes, así como el modo de curar las enfermedades.

Los viajeros europeos también dejaron información sobre el uso de plantas medicinales entre los indígenas americanos: el doctor Charles Saffray, médico y botánico a quien su formación de médico le permitió tener mucha relación con los hechiceros, quienes le enseñaron las bondades de las plantas medicinales. Se pueden mencionar también las memorias de Friedrich von Schenk (botánico aficionado) y de Juan Bautista Boussingault (ingeniero francés) quienes estudiaron la cultura negra, aborígen y mestiza. Gran parte de esta información llegó al siglo XX en recetarios domésticos, en manuales de botánica, recetarios para la salud y diccionarios de medicina popular.

BIBLIOGRAFÍA

1. AGUADO, F.P. Recopilación historial. Tomos I y II. Biblioteca de la Presidencia de la Colombia. Bogotá, 1956.
2. COCHRANE, C.S. Viajes por Colombia 1823-1824. Banco de La República, Bogotá, 1994.
3. SAFFRAY, DR. Viaje a Nueva Granada. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, 1948.
4. GUMILLA, J. El Orinoco ilustrado. Historia natural, civil y geográfica de este gran río. Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Bogotá, 1955.
5. MARTÍNEZ Z, A. La medicina del siglo XVIII en el Nuevo Reino de Granada. Universidad pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, 1972.
6. RIVERO, J. Noticias de bárbaras costumbres, vistas y conocidas en los Llanos del Casanare. En: Las maravillas de Colombia, tomo II. Editorial Forja, Bogotá, 1979.
7. ROCHA, J. Recorriendo el Alto Caquetá a comienzos de siglo. En: Las maravillas de Colombia. Tomo II. Editorial Forja, Bogotá, 1979.
8. De SANTA GERTRUDIS, F.J. Maravillas de la naturaleza. Tomo I. Biblioteca de la Presidencia de Colombia, Bogotá, 1956.
9. SERRET, F. Viaje a Colombia 1911-1912. Banco de La República, Bogotá, 1994.
10. SIMÓN, F.P. Noticias historiales de la conquista de tierra firme en las Indias occidentales. Tomo VI. Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1981
11. WAFER, L. Un bucanero perdido en las selvas del Darién. En: Las maravillas de Colombia. Tomo IV. Editorial Forja, Bogotá; 1979, p. 30.